

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Discurso

VIAJE APOSTÓLICO A AUSTRALIA CON MOTIVO DE LA XXIII JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD 2008 -
SÍDNEY

Vigilia con jóvenes

19 de julio de 2008

Queridos jóvenes:

En esta tarde hemos oído una vez más la gran promesa de Cristo, «*cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza*», y hemos escuchado su mandato: «*seréis mis testigos... hasta los confines del mundo*» (Hch 1,8). Éstas fueron las últimas palabras que Jesús pronunció antes de su ascensión al cielo. Lo que los Apóstoles sintieron al oírlas sólo podemos imaginarlo. Pero sí sabemos que su profundo amor a Jesús y la confianza en su palabra los impulsaron a reunirse y esperar, pero no esperar sin sentido, sino juntos, unidos en la oración, con las mujeres y con María, en la estancia superior (cf. Hch 1,14). Hoy nosotros hacemos lo mismo. Reunidos delante de nuestra Cruz, que tanto ha viajado, y del icono de María, y bajo la esplendorosa constelación de la Cruz del Sur, rezamos. Hoy rezo por vosotros y por los jóvenes de todo el mundo. ¡Dejaos inspirar por el ejemplo de vuestros Patronos! ¡Acoged en vuestro corazón y en vuestra mente los siete dones del Espíritu Santo! ¡Reconoced y creed en el poder del Espíritu Santo en vuestra vida!

El otro día hablábamos de la unidad y armonía de la creación de Dios y de nuestro lugar en ella. Recordábamos cómo nosotros, que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, nos hemos con-

Esos intentos de construir la unidad, en realidad, la debilitan. Separar al Espíritu Santo de Cristo, presente en la estructura institucional de la Iglesia, pondría en peligro la unidad de la comunidad cristiana, que es precisamente un don del Espíritu, y traicionaría la naturaleza de la Iglesia como Templo vivo del Espíritu Santo (cf. 1Co 3,16). En efecto, es el Espíritu quien guía a la Iglesia por el camino de la verdad plena y la unifica en la comunión y el servicio del ministerio (cf. *Lumen gentium*, 4). Lamentablemente, la tentación de "ir por libre" permanece. Algunos hablan hoy de su comunidad local como si fuera algo separado de la así llamada Iglesia institucional, describiendo a la primera como flexible y abierta al Espíritu, y a la segunda como rígida y carente de Espíritu.

La unidad pertenece a la esencia de la Iglesia (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 813); es un don que debemos reconocer y apreciar. Pidamos hoy por nuestro propósito de cultivar la unidad, de contribuir a ella, de resistir a cualquier tentación de alejamiento. Porque esto es precisamente lo que podemos ofrecer a nuestro mundo: las dimensiones, la amplia visión de nuestra fe, a la vez sólida y abierta, consistente y dinámica, verdadera y orientada al conocimiento interior. Queridos jóvenes, ¿acaso no es por vuestra fe por lo que amigos en dificultades o en búsqueda de un sentido para sus vidas se han dirigido a vosotros? Estad vigilantes. Escuchad. ¿Sois capaces de oír, en medio de las disonancias y divisiones del mundo, la voz acorde de la humanidad? Desde un niño abandonado en un campo de Darfur, o un adolescente con problemas, o un padre angustiado en un suburbio cualquiera, o tal vez incluso ahora, desde lo profundo de vuestro corazón, se alza el mismo grito humano que pide reconocimiento, pertenencia, unidad. ¿Quien puede satisfacer este deseo humano esencial de ser uno, estar inmerso en la comunión, estar formado y ser guiado a la verdad? ¡El Espíritu Santo! Éste es su papel: llevar la obra de Cristo a su plenitud. Enriquecidos con los dones del Espíritu, tendréis la fuerza para ir más allá de vuestras visiones parciales, de vuestra utopía, de la precariedad fugaz, y ofrecer la coherencia y la certeza del testimonio cristiano.

Amigos, cuando recitamos el Credo afirmamos: «*Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida*». El "Espíritu creador" es la fuerza de Dios que da la vida a toda la creación, y es la fuente de una vida nueva y abundante en Cristo. El Espíritu mantiene a la Iglesia unida a su Señor y fiel a la tradición apostólica. Él inspira las Sagradas Escrituras y guía al Pueblo de Dios hacia la plenitud de la verdad (cf. In 16 13).

en la Iglesia lo llevó a buscar su fuente en la vida del Dios uno y trino. Así llegó a tres intuiciones concretas sobre el Espíritu Santo como vínculo de unidad dentro de la Santísima Trinidad: unidad como comunión, unidad como amor duradero y unidad como dador y don. Estas tres intuiciones no son sólo teóricas: ayudan a explicar cómo actúa el Espíritu. En un mundo en el que tanto los individuos como las comunidades sufren con frecuencia la ausencia de unidad o de cohesión, nos ayudan a permanecer en sintonía con el Espíritu y a extender y clarificar el ámbito de nuestro testimonio.

Por eso, con la ayuda de san Agustín, intentaremos ilustrar algo de la obra del Espíritu Santo. San Agustín señala que las dos palabras "Espíritu" y "Santo" se refieren a la naturaleza divina de Dios; en otras palabras, a lo que es compartido por el Padre y el Hijo, a su comunión. Por eso, si la característica propia del Espíritu es ser lo que es compartido por el Padre y el Hijo, Agustín concluye que la cualidad peculiar del Espíritu es la unidad. Una unidad de comunión vivida: una unidad de personas en relación mutua de entrega constante; el Padre y el Hijo que se dan el uno al otro. Pienso que empezamos así a percibir qué iluminadora es esta comprensión del Espíritu Santo como unidad, como comunión. Una unidad verdadera nunca podría estar fundada sobre relaciones que nieguen la igual dignidad de las demás personas. Ni tampoco la unidad es simplemente la suma de los grupos mediante los cuales intentamos a veces "definirnos" a nosotros mismos. De hecho, sólo en la vida de comunión se sostiene la unidad y se realiza plenamente la identidad humana: reconocemos la necesidad común de Dios, respondemos a la presencia unificadora del Espíritu Santo y nos entregamos mutuamente en el servicio de los unos a los otros.

La segunda intuición de san Agustín, es decir, el Espíritu Santo como amor que permanece, procede del estudio que hizo sobre la Primera Carta de san Juan, donde Juan nos dice que «*Dios es amor*» (1Jn 4,16). Agustín sugiere que estas palabras, a pesar de referirse a la Trinidad en su conjunto, expresan también una característica particular del Espíritu Santo. Reflexionando sobre la naturaleza duradera del amor, «*quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él*» (ibíd.), san Agustín se pregunta: ¿es el amor o es el Espíritu quien garantiza el don duradero? Y llega a esta conclusión: «*El Espíritu Santo hace que vivamos en Dios y que Dios viva en nosotros; pero es el amor el que causa esto. Por tanto, el Espíritu es Dios como amor*» (De Trinitate 15, 17, 31). Es una magnífica explicación: Dios se comparte a sí mismo

Mañana, ese mismo don del Espíritu Santo será comunicado solemnemente a los candidatos a la confirmación. Yo rogaré: «*Llénalos de espíritu de sabiduría y de inteligencia, de espíritu de consejo y de fortaleza, de espíritu de ciencia y de piedad; y cólmalos del espíritu de tu santo temor*». Estos dones del Espíritu —cada uno de ellos, como nos recuerda san Francisco de Sales, es un modo de participar en el único amor de Dios— no son ni premios ni reconocimientos. Son dados por su voluntad (cf. 1Co 12,11). Y exigen de quien los recibe sólo una respuesta: «*Acepto*». Percibimos aquí algo del profundo misterio de ser cristiano. Lo que constituye nuestra fe no es principalmente lo que hacemos, sino lo que recibimos. Después de todo, muchas personas generosas que no son cristianas pueden hacer mucho más que nosotros. Amigos, ¿aceptáis entrar en la vida trinitaria de Dios? ¿Aceptáis entrar en su comunión de amor?

Los dones del Espíritu que actúan en nosotros orientan y definen nuestro testimonio. Los dones del Espíritu, dirigidos hacia la unidad, nos vinculan más estrechamente a la totalidad del Cuerpo de Cristo (cf. *Lumen gentium*, 11), permitiéndonos edificar mejor la Iglesia, para servir así al mundo (cf. Ef 4,13). Nos llaman a una participación activa y gozosa en la vida de la Iglesia: en las parroquias y los movimientos eclesiales, en la enseñanza religiosa escolar, en las capellanías universitarias y en otras organizaciones católicas. Sí, la Iglesia debe crecer en unidad, robustecerse en la santidad, rejuvenecer y renovarse constantemente (cf. *Lumen gentium*, 4). Pero ¿con qué criterios? ¡Con los del Espíritu Santo! Volveos a Él, queridos jóvenes, y descubriréis el verdadero sentido de la renovación.

Hoy, reunidos bajo este hermoso cielo nocturno, nuestros corazones y nuestras mentes se llenan de gratitud a Dios por el gran don de nuestra fe trinitaria. Recordamos a nuestros padres y abuelos, que caminaron a nuestro lado cuando, de niños, dábamos nuestros primeros pasos en el peregrinaje de la fe. Ahora, muchos años después, os habéis reunido como jóvenes adultos con el Sucesor de Pedro. Me llena de alegría estar con vosotros. Invoquemos al Espíritu Santo: él es el artífice de las obras de Dios (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 741). Dejad que sus dones os moldeen. Al igual que la Iglesia comparte camino con toda la humanidad, vosotros estáis llamados a usar los dones del Espíritu entre los altibajos de la vida cotidiana. Madurad vuestra fe con vuestros estudios, trabajo, deporte, música y arte. Sostenedla mediante la oración y alimentadla con los sacramentos, para ser así fuente de inspiración